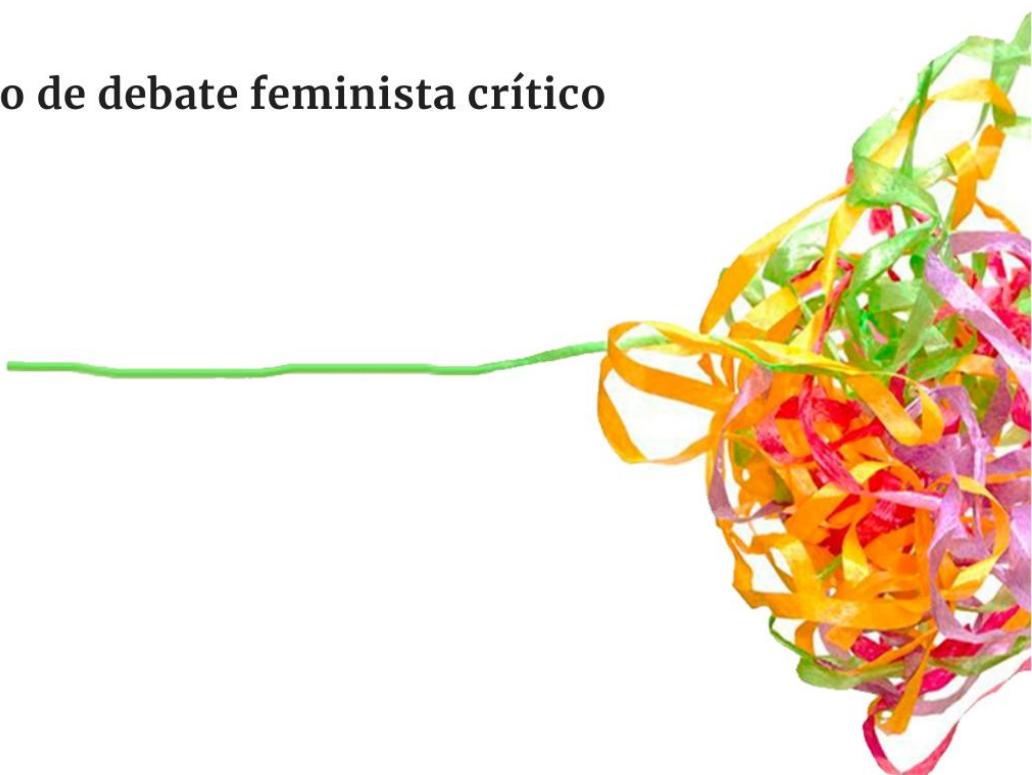


ENREDOS FEMINISTAS

REPENSANDO LAS MASCULINIDADES EN TIEMPOS DE CAMBIO

_ Un espacio de debate feminista crítico



_Selección de textos y videos para el debate

- feminismo-granada@accionenred-andalucia.org
- [@accionenred_andalucia](https://www.instagram.com/accionenred_andalucia)
- [acciónenred Andalucía](https://www.facebook.com/accionenredAndalucia)
- www.accionenred-andalucia.org

Índice

1 - Introducción al debate e interrogantes	1
2 - Entrevista a Josetxu Riviere de Gizonduz	2
3 - 10 tips para desmontar la masculinidad tradicional. Psicowoman y Roy Galán.....	2
4 - Masculinidad frágil. Salón erótico de Barcelona 2022.....	3
5 - Clonar a un hombre	3
6 - ¿Y los hombres? Del sujeto al agente feminista. Noemí Parra.....	3
7 - Alfredo Ramos, politólogo: “El discurso de la culpa con los hombres, especialmente jóvenes, moviliza hacia la extrema derecha”	5
8- La masculinidad no es sólo cosa de hombres. Gemma Torres Delgado.....	13

Para quien quiera más:

- **No es solo el odio al feminismo, es la economía: la caída de ingresos y empleo radicaliza a los hombres jóvenes. Ana Requena Aguilar. elDiario.es**
Accesible en https://www.eldiario.es/sociedad/no-odio-feminismo-economia-caida-ingresos-empleo-radicaliza-hombres_1_12203209.html
- **¿Por qué las chicas salieron a defender a los del Colegio Mayor Elías Ahuja? Lionel S. Delgado. El Salto Diario**
Accesible en: <https://www.elsaltodiario.com/masculinidad-en-demolicion/chicas-salieron-defender-colegio-mayor-elias-ahuja->

1 – Introducción al debate e interrogantes

En el 2021 realizamos un *Enredos feministas* bajo el título “Los hombres y el feminismo”. En aquella sesión nos centramos en debatir sobre la imprescindible y necesaria participación de los hombres en el movimiento feminista y en los obstáculos que dificultaban su incorporación en un plano de igualdad y colaboración.

En este nuevo *Enredos feministas* nos gustaría centrarnos en otro aspecto, en cómo se construyen las masculinidades en la actualidad, en tiempos de cambio social e incertidumbre. Abordando no solo cómo las estructuras sexistas influyen en las capacidades y comportamientos de los hombres y del resto de las personas en particular, sino también en los problemas asociados a la hegemonía de esos valores considerados masculinos en el espacio público.



Os dejamos algunos interrogantes por si os son de utilidad a la hora de reflexionar sobre estos aspectos:

- ¿Qué es ser un hombre "de verdad" en estos tiempos? ¿Se han operado cambios? ¿Qué rasgos tiene ese modelo? ¿Cómo afecta a los hombres? ¿Las masculinidades son una cosa de los hombres o también intervenimos en su reforzamiento y construcción el resto de las personas? ¿Cómo responder a esta nueva realidad? ¿Podemos prescindir de las categorías de género? ¿Masculinidad en singular o masculinidades, en plural?
- Sobre la noción de privilegio, ¿gozan los hombres (todos los hombres) de una situación de privilegio en relación con las mujeres (todas las mujeres)? ¿A qué privilegios nos referimos? ¿Es adecuado calificar la mayor ventaja social con el término de privilegios? ¿Qué ventajas e inconvenientes tiene enfocarlo de este modo? ¿Cómo hacerlo para dar cuenta de las desigualdades y discriminaciones existentes?
- Cuando decimos que hemos de poner en el centro el cuestionamiento de las estructuras de género, ¿a qué nos referimos? ¿Funcionan las estructuras de género de forma descontextualizada o por el contrario guardan relación con los cambios en el contexto político y social? ¿Se trata solo de un problema de conductas individuales o se trata también de disputar los valores existentes en nuestra sociedad? ¿Qué valores deberíamos cuestionar y cómo socavar estas estructuras?
- Otro aspecto de interés sobre el que reflexionar es el escaso valor que se le da en nuestras sociedades al cuidado, que ha solidado estar vinculado al estereotipo femenino frente a otros aspectos más ligados al estereotipo masculino (éxito social, competitividad, independencia, omnipotencia...) que niega y olvida la realidad que todos/as/es somos seres vulnerables, aunque unos más que otros; un estereotipo que impacta en la sociedad (mirada de la realidad, criterios de actuación política, relaciones y normas sociales), no solo en las conductas individuales. Algunos autores, como Alfredo Ramos, piensan que trabajar la dimensión del cuidado es esencial en el cuestionamiento de las masculinidades, no solo como valor individual sino como valor social. ¿Qué implicaciones tiene todo esto para el conjunto de la sociedad y para los hombres en particular? ¿Qué implica cuidar y cuidarnos?

A continuación, os dejamos un podcast, algunos vídeos y textos, que creemos que nos pueden ayudar a reflexionar.

2- Entrevista a Josetxu Riviere de Gizonduz

Accesible en https://soundcloud.com/traficantesdesue-os/abrir-el-campo-de-las-masculinidades-con-josetxu-riviere?utm_source=mobi&utm_campaign=social_sharing

3 - 10 tips para desmontar la masculinidad tradicional

Psicowoman y Roy Galán

Accesible en <https://www.youtube.com/watch?v=ONOLnBExrls>



4 – Masculinidad frágil. Salón erótico de Barcelona 2022

Accesible en <https://www.youtube.com/watch?v=c74Bk2O8kVY>

5- Clonar a un hombre

Dirigido por Iván Roiz

Accesible en <https://www.youtube.com/watch?v=ks7EtXx6v5k>

6 – ¿Y los hombres? Del sujeto al agente feminista

Galde, Noemí Parra

Accesible en: <https://www.galde.eu/es/y-los-hombres-del-sujeto-al-agente-feminista/>

Las siguientes reflexiones se ubican en las que se dieron en la mesa “Sujeto político e ideológico del feminismo” en las Jornadas Feministas celebradas en Madrid en abril de este año. En la apertura de la mesa, Paloma Uría planteaba las siguientes preguntas: ¿es necesario sufrir una discriminación para luchar contra ella? ¿Es necesario ser mujer para luchar por los derechos de las mujeres? ¿O es un imperativo categórico de la lucha para la justicia y contra la discriminación?

En estas breves líneas me propongo, como lo hice en la mesa, reflexionar sobre la participación de los hombres en el feminismo. Partiré de la concepción de género que sustenta la propuesta de un sujeto en un sentido fuerte (la mujer) que va creando una identidad blindada, y sobre los efectos que desde mi punto de vista tiene para la transformación de las relaciones de género. Para ello, trataré de tensionar los extremos de la constitución binaria del género y lo que voy a proponer, desde una perspectiva antiesencialista y de defensa de una identidad política y estratégica feminista, es la participación de los hombres en el feminismo. La cuestión aquí sería el cómo, pero el cómo desde esta perspectiva no puede hacerse desde la asunción de determinados aspectos naturalizados en cuanto al género y las relaciones de subordinación que se establecen, sino desde la toma de conciencia y responsabilidad sobre las posiciones de género que ocupamos. Esa responsabilidad es un paso fundamental para la transformación social. El feminismo nos debe permitir cuestionar nuestras sociedades, nuestras relaciones y nuestras vidas e imaginar y crear nuevas formas de ser y vivir para todos.

Desarrollo estas ideas desde una vivencia y experiencia concreta de activismo feminista que se ha configurado también en espacios no exclusivos de mujeres, lo que habitualmente se denominan espacios mixtos (desde una lógica binaria). No trato de defender una forma de participación frente a otras, es decir, no lo considero un imperativo. Trataré más bien, de reflexionar sobre un sujeto político contingente, variable, situado y estratégico. También sobre las relaciones de poder que se establecen en un contexto de dominación, pero que no sólo se dan una dirección: de hombre a mujer. Y, por último, sobre aquello que nos hace unirnos que va más allá de una identidad de género y que se concreta en qué proyecto



político compartimos. Esto nos lleva más allá del debate del sujeto (quiénes somos) a la posición de agente que actúa y transforma, como atinadamente señalaba Elena Casado (1999) en su artículo "A vueltas con el sujeto del feminismo" en torno a las políticas de la localización.

La noción de género nos hace mirar no a cómo se nace sino a cómo una o uno se hace y al hecho de que este hacerse es siempre histórico, disputable y relacional (García & Casado, 2010, p. 16). Esto difiere de una forma de entender el género en la que se fijan sus posiciones a una manera esencial de ver el mundo y de relacionarnos que tendería a consolidar y perpetuar las relaciones de poder que tratamos justamente de cambiar. Se trataría, en todo caso de no enfrentar entidades homogéneas mujer/hombre sino una multiplicidad de relaciones sociales en las cuales los sujetos sexuados se construyen de muchos y diversos modos y donde la lucha contra la subordinación de las mujeres debe plantearse teniendo en cuenta los diferentes ejes que nos constituyen y atraviesan en determinados momentos, contextos y posiciones sociales. Así, podemos hacernos cargo también de ejes de desigualdad como la clase, la racialidad o la capacidad que operan dentro de las propias posiciones de sujeto (como la de mujer).

El debate exclusión o participación de los hombres nos devuelve una concepción binaria del género donde los hombres, en tanto individuos, ocupan una posición de dominio y que mediante su acción pretenden mantener sus privilegios y reproducir su posición de poder recurriendo, si es preciso a la violencia. Esto individualiza y también esencializa las relaciones de poder a determinados sujetos sexuados, alejándonos del género como un entramado de relaciones sociales. Nos remite, además, a un modelo de masculinidad construido en torno a dos ejes: autonomía y posición activa frente a la feminidad como heteronomía y posición pasiva. En este modelo, muestra a los hombres como actores racionales, dotados de intencionalidad de dominio que se imponen a las mujeres (que carecen de lo anterior) en todas las circunstancias.

Se individualizan cuestiones sociales. Se naturaliza la diferencia sexual y el binarismo de género. Pero, además, se reifica la masculinidad tradicional y esto, dentro del orden de género, también esencializa la feminidad basada en la heteronomía y la pasividad. Porque las identidades aparecen como previas a las relaciones de género y descontextualizadas, lo que no nos permite ver las quiebras de la masculinidad, ni sus disidencias, más aún, se fija una posición de dominio que permite poco espacio para la rebeldía. ¿La masculinidad siempre es opresora? ¿la feminidad puede encarnar el poder? ¿Cómo intervienen otros ejes en las masculinidades? Disidencia y rebeldía son aspectos fundamentales para disputar los modelos tradicionales de masculinidad y feminidad que permitan construir relaciones y vidas que se fuguen y excedan el orden de género. Pero la disputa requiere de agentes. En definitiva, se trata de disputar la masculinidad y para ello necesitamos pensarla, pero también vivirla en términos contingentes. Los hombres también están sujetos a las relaciones de género que estructuran nuestras vidas y nuestras relaciones. No de igual manera que las mujeres, ni con sus mismos efectos, pero sí tienen la responsabilidad, en un proyecto político feminista, de transformarlas.

En este sentido, me interesa traer la idea de agente que incorpora el sujeto y sus articulaciones como un entramado estratégico. Tal y como lo define Chantal Mouffe (1999) el agente social consiste en una entidad constituida por un conjunto de «posiciones de sujeto» que no pueden estar nunca totalmente fijadas en un sistema cerrado de diferencias. La idea de agente nos invita a pensar no tanto en quiénes



somos sino más bien en qué queremos. Esto no quiere decir que el quiénes somos no sea relevante para la estrategia política, lo es y en determinados momentos históricos y sociales adquirirá mayor relevancia. Pero el qué queremos nos lleva a hablar de los proyectos políticos feministas que compartimos que, como sabemos, son diversos y esto nos puede llevar a compromisos estratégicos en los que entre sus objetivos esté que el género no sea un criterio de inclusión/exclusión. Siguiendo las aportaciones de Judith Butler (2007), la política feminista debe ser entendida no tanto como una acción que persiga los intereses de las mujeres como mujeres, sino de las metas y aspiraciones feministas dentro del contexto de una más amplia articulación de demandas, que podrían consistir en la transformación de las relaciones de género que impliquen subordinación, desigualdad, exclusiones y violencia machista. Tanto hacia las mujeres, como hacia quienes no cumplen la norma de género en cuanto a sus corporalidades, identidades, deseos y prácticas eróticas. Este proyecto, nos invita a una multiplicidad de propuestas políticas, entre las cuales está generar espacios de convivencia que permitan disputar el género en su vertiente relacional. Espacios de convivencia feminista donde lo que nos articula sea precisamente el feminismo, puede ser un buen modo de disputar ese relato dualista que se va extendiendo en la actualidad y que contrapone "las feministas" dando por hecho que somos "todas las mujeres" (lo que vacía de contenido la propuesta feminista y se reduce a una identidad y supuestos intereses comunes) a "los hombres" que arremangán la masculinidad tradicional y la misoginia frente a su propia crisis, como propuesta articuladora de los hombres. Esta convivencia feminista también como un espacio de incomodidad. Un espacio cómodo no nos permite avanzar en la transformación. Se convierte en un espacio de autoconsumo, de autoafirmación y autocoplacencia. La participación de los hombres en el feminismo implica responsabilidad, que va más allá de ser un aliado, implica ser compañero y comprometerse en disputar la masculinidad tradicional en todos los contextos en los que se desarrolla la vida y las relaciones. Implica ponerse en juego, cuestionarse y ser cuestionado. Implica un firme compromiso y convicción. Con esto no se nace, se hace.

7 – Alfredo Ramos, politólogo: “El discurso de la culpa con los hombres, especialmente jóvenes, moviliza hacia la extrema derecha”

elDiario.es, Ana Requena Aguilar

Accesible en: https://www.eldiario.es/sociedad/alfredo-ramos-politologo-discurso-culpa-hombres-especialmente-jovenes-moviliza-extrema-derecha_128_11226058.html

Doctor en Ciencias Políticas, publica un libro en el que aboga por entender la masculinidad como una norma social que no solo apela a los hombres sino a toda la sociedad. En 'Perforar las masculinidades' también dedica un capítulo a Podemos, de quien fue asesor, y su compromiso de feminizar la política

Perforar las masculinidades para que entre oxígeno. No para crear nuevos modelos de hombres ideales sino para ampliar lo que es ser un hombre y cambiar significados y jerarquías sociales. Alfredo Ramos (Madrid, 1978) piensa en *Perforar las masculinidades* (Bellaterra) sobre un tema recurrente últimamente, pero en el que a veces faltan nuevos enfoques. Doctor en Ciencias Políticas, Ramos ha participado en



diferentes experiencias de economía social y durante varios años trabajó en el grupo de Podemos en la Comunidad de Madrid, experiencia de la que bebe uno de los capítulos más afilados del libro.

El texto apuesta por resignificar vulnerabilidad y fracaso, dos de los pilares de la masculinidad: "La vulnerabilidad esconde una trama relacional, algo muy en contra de ese ideal de sujeto autónomo masculino. Cojo mucho la idea de Gilson de que nos enamoramos porque somos vulnerables. Una de las cosas que tenemos que pensar en las políticas públicas y en los espacios de disidencia es cómo afectamos y cómo nos dejamos afectar".

Uno de los enfoques más habituales para hablar de la masculinidad es el de los privilegios, pero usted propone salirse de esa manera de mirar o, al menos, no trabajar únicamente desde ahí. ¿Por qué considera problemático este enfoque?

Sería absurdo como punto de partida negar la existencia de privilegios. Las masculinidades se asientan sobre un dividendo patriarcal muy evidente, los hombres gozamos de derechos y de privilegios que las mujeres no tienen y existe una injusticia de género evidente. Pero enfrento la cuestión de los privilegios por dos razones. En primer lugar, porque creo que los privilegios no son un elemento homogéneo dentro de la condición masculina y es problemático cuando ese discurso homogeneiza la experiencia de los hombres. Hay que unir elementos de raza, de clase... Y, sobre todo, lo más problemático es esta idea del juego de suma cero: tú tienes que perder algo para que yo lo gane. Lo que tenemos que hacer para repensar las masculinidades y la justicia de género es imaginar nuevos derechos. Si el enfoque es que queremos que el mundo esté como está y simplemente repartirnos las posiciones dentro del estado actual de las cosas creo que nos estamos haciendo un flaqué favor en términos de imaginación política: es lo que defienden las masculinidades hegemónicas.

Defiende la masculinidad como una norma social que no solo apela a los hombres, ¿construye toda la sociedad la masculinidad y es tarea colectiva pensar en otras posibles masculinidades?

Mirarlo así cuestiona la idea de la propia autonomía de los hombres a la hora de trabajar la masculinidad. Si parece que es solo una cosa de hombres entonces parece que puedo hacer lo que quiera con ella, que me puedo despojar de ella, que yo solo en mi cuarto, una mañana, traumatizado por la lectura de un post de Instagram voy a derribar todos los muros de mi masculinidad. Eso implica no asumir que la masculinidad es parte de las instituciones que nos gobiernan y que convive con el patriarcado, de la misma manera que convive con los preceptos de la modernidad, con un montón de elementos racistas o coloniales.

¿Deberíamos entonces ser más conscientes de que, por ejemplo, las expectativas sociales, pero también las expectativas, actitudes e ideas concretas de hombres y mujeres contribuyen a construir un modelo de masculinidad?

Sí, es un elemento fundamental. Muchas veces suena como una complejidad añadida, en plan de "madre mía, encima hay que ocuparse ahora de la masculinidad". Pero abre un terreno de posibilidades. Es decir, todos y todas participamos de una u otra manera en la construcción de lo masculino o de la masculinidad y, por tanto, también podemos participar de su transformación.



Los privilegios no son un elemento homogéneo dentro de la condición masculina y es problemático cuando ese discurso homogeniza la experiencia de los hombres. Hay que unir elementos de raza, de clase...

Esa sensación de cansancio por tener que ocuparse o encargarse también de este asunto la arrastran muchas mujeres feministas, que tienen la sensación de hacer ellas siempre el activismo y el esfuerzo, en muchos casos solas, o de no ser escuchadas o tenidas en cuenta por muchos hombres. ¿Por qué deberían las feministas incluir este tema en su agenda?

El problema es que lo enfocamos como si se tratara de preocuparse por cosas de hombres. Voy a poner dos ejemplos. Uno, la clásica campaña de la niña y la mujer en la ciencia: básicamente nos hemos acostumbrado a encontrarnos la típica campaña de 'Isabel, hazte ingeniera de caminos' o 'Natalia, hazte matemática'. En este marco, una de las cosas que está sucediendo es que configuramos que el lado bueno de las cosas es el masculino, es decir, las profesiones masculinizadas, que es donde vas a ser importante en la sociedad. Pero no hemos visto ninguna campaña que sea 'Carlos, cariño, haz educación infantil' o 'Antonio, llegar a casa a las ocho de la tarde todos los días no es bueno ni para ti ni para nadie'. Entonces, no es preocuparnos de las cosas de los hombres, sino del lugar hegemónico que tienen las cosas de los hombres, porque es bueno para todos y para todas. Lo que queremos construir son condiciones de vida mejores y más justas para la sociedad en su conjunto. Otro ejemplo es la insumisión, que fue básicamente una rebeldía contra una institución masculina patriarcal. Fue una rebelión colectiva de hombres y mujeres contra algo que, aunque en cierto sentido estaba encarnado por hombres, lo que hacía era modificar los imaginarios sociales.

¿Estamos entonces centrándonos mucho en pensar que la solución a la masculinidad está en el cambio personal?, ¿No puede ser eso una excusa para que muchos hombres no se hagan cargo de sus comportamientos o los justifiquen porque están condicionados por las estructuras?

No creo que la solución sean los grupos de hombres, no creo que sean una herramienta muy efectiva. Algunos de los textos más relevantes que he leído para escribir este libro eran producidos por grupos de hombres, pero para mí el mito del varón que se construye a sí mismo, salvo casos muy excepcionales, me parece que está muy limitado en su impacto y que no hace sino reinstaurar esta figura del sujeto masculino omnipotente que todo lo puede y que puede reescribir su propia historia. Es algo que descansa en lo que llamo el giro emocional en las masculinidades, pensar que el único problema que tengo es que había perdido la conexión con mi niño interior. Entonces puede que seas un misógino, un totalitario, un cabrón con pintas, pero estás muy conectado con tu niño interior.

¿Dónde está el punto medio entre pensar que se trata de un cambio estructural y creer que todo se puede solucionar yendo a un grupo de hombres a repensarse y compartir con los otros?

El problema de los grupos de hombres es que suelen ser extremadamente homogéneos, al menos los que yo conozco. Y tienen una historia fastidiada: los grupos que empiezan en los 60, los 70, los 80, a partir de determinadas oleadas del movimiento feminista, terminan convirtiéndose en el germen de los grupos de defensa de derechos de los hombres. Es decir, son hombres encerrados hablando entre ellos sobre la condición masculina. Esto puede salir bien, pero puede salir muy mal. La defensa de la condición



masculina termina convirtiéndose en la defensa de derechos de los hombres. Y tiene un límite muy claro: yo me puedo pasar meses deconstruyéndome como varón, ¿pero voy a ir a una entrevista de trabajo y voy a decir que no quiero un trabajo porque la otra persona que estaban entrevistando era una mujer que está mucho más capacitada? No, entre otras cosas porque lo más probable es que no la conozca. Hay un montón de barreras y de fronteras que tienen que ver con las instituciones que nos gobiernan que cinco señores en una sala no van a transformar.

Hay grupos que son muy necesarios en términos de terapia y cosas así, pero también está el problema de que los hombres se acostumbran a hablar entre ellos, que es lo que hemos hecho durante toda la vida. El resto de los agentes que están fuera de ese grupo pero que se supone que están interviniendo en ese problema y que en muchos casos son mujeres, pierden legitimidad. Hay una deriva que lleva a perder el reconocimiento de esa figura y termina siendo como el espacio autoproductor de la homosocialidad.

El problema de los grupos de hombres es que suelen ser extremadamente homogéneos, al menos los que yo conozco. Son hombres encerrados hablando entre ellos sobre la condición masculina. Esto puede salir bien, pero puede salir muy mal.

Habla, ya desde el título, de perforar las masculinidades para hacerlas porosas, para que más gente pueda decidir qué es ser un hombre. ¿Más que una nueva masculinidad concreta se trataría de abrir la posibilidad de lo que es ser un hombre?

Sí, y eso tiene que ver con pluralizar el debate. Los grupos de hombres son hombres que reflexionan ellos mismos. Pero hay que oxigenar los lugares a partir de los cuales piensas y la gente con la cual piensas. No se trata de pasar de aspirar a ser Arnold Schwarzenegger a Timothée Chalamet. No es producir otros hombres ideales sino avanzar en preguntarnos otras cosas.

¿Hay que visibilizar más los costes negativos de la masculinidad para los propios hombres?

Hay que visibilizarlos, pero dentro de los costes de la masculinidad en general. Porque puede suceder que acabe en este discurso de 'es que yo también estoy deprimido' o en que parezca que los hombres sientan que lo están pasando peor que la otra. Es un diálogo que no tiene ningún sentido, porque se trata de una norma social que es problemática para la sociedad en su conjunto. Visibilizar los efectos negativos de la masculinidad es muy necesario, pero en general.

Por otro lado, cuestiona que algunos discursos fomenten demasiado la culpa en los hombres y que eso sea contraproducente...

La culpa es un concepto poco movilizador y hay muchas maneras de enfocarla. Una parte tiene mucho que ver con esta idea de hacerte culpable de cosas que exceden tu capacidad. Haces cosas de las que eres culpable porque son parte de tus acciones, pero no todo es parte de tu capacidad. Y, sobre todo, a mí me parece que es un discurso que en la práctica está llevando a giros más conservadores que a tomas de conciencia.



¿Se refiere a que son discursos que alimentan a la extrema derecha?

Sí, creo que el discurso culpabilizador, especialmente con gente joven, les moviliza hacia el otro lado.

Dedica un capítulo entero a Podemos, donde trabajó durante un tiempo, y su relación con la masculinidad.

¿Falló Podemos en su intento de feminizar el partido y la política, como se propusieron?

¿Lo intentó Podemos? Para mí es la primera pregunta. Más allá de que existiera un debate, que hubiera un área de igualdad que lo impulsó muchísimo, de facto para mí Podemos nunca lo intenta, desde sus narrativas iniciales a su desarrollo posterior. Podemos es un intento muy osado de hacer política, pero que reproduce punto por punto las características esenciales de lo que es una organización política masculina en el tipo de liderazgos, en la organización interna, en el relato que se hace de sí mismo, más allá de acciones muy concretas que no venían de los liderazgos del partido, sino de áreas muy específicas, o de gestos simbólicos muy particulares, y de llenarse la boca con eso de feminizar la política. Entonces Podemos no fracasa en desmasculinizar la política porque creo que no lo intenta jamás.

¿Por falta de convicción, por inercias, por ser poco porosos a las ideas de quienes sí estaban intentando hacerlo...?

Más que por falta de convicción, por fuerza de las otras convicciones por así decirlo, desde el debate de la máquina de guerra electoral hasta cómo se gestionan los conflictos en Podemos. El tipo de figura a la que Podemos abre la puerta no es en ningún caso una que diga 'tengamos un momento que nos permita sentarnos porque esto tiene una deriva muy masculina'. Reproduce una manera de organizarse que tiene mucho que ver con la hipótesis populista, con determinadas tradiciones de izquierda, y sin ningún interés real en cuestionarse cuáles son los problemas de los imaginarios masculinos en la política porque estratégicamente es más coherente con su propuesta.

Podemos no fracasa en desmasculinizar la política porque creo que no lo intenta jamás.

Cuenta, por ejemplo, que la rapidez con la que se construye todo y la idea de una militancia sin descanso limitó el tipo de persona que podía acceder a determinados debates y espacios porque era incompatible con sostener los cuidados, por ejemplo. ¿Se entendía que el compromiso con el partido estaba ligado a la entera disponibilidad, como suele suceder en cualquier empresa u organización?

Recuerdo esa parte de las memorias de Íñigo Errejón en las que cuenta que en una reunión al comienzo varios dijeron 'nos vamos a joder la vida'. Aparte de que habría que discutir si se han jodido la vida, piensas: ¿quién puede estar aquí, quién puede participar de esta vida, quién puede correr tan rápido? Porque hay quien puede estar ahí pero tener también otras cosas que hacer, otros intereses, o pensar que el cuerpo no le responde todo el rato. Me parece que es un margen estrechísimo de hacer política el que plantea Podemos, cuando precisamente lo que siempre decía era que venía a ampliar la gente que podía hacer política. Hay una parte en la que sí que se amplió, pero la dimensión cualitativa de esa apertura no lo fue tanto.



Pone en relación la masculinidad de Abascal y la de Iglesias, ¿tienen algo en común?

Diría que qué tienen de diferente, cuál es la diferencia entre Abascal e Iglesias en términos de *performance*, más allá de su ideología. Son las dos masculinidades muy carismáticas, muy vigorosas, muy que entienden el conflicto de una determinada manera, que limitan mucho la esfera pública porque limitan la interacción a este juego de patio de colegio, de matones que son agresivos, extremadamente confrontativos. De fondo está esta idea de que las discusiones no tienen ningún sentido, porque nadie va a cambiar su punto de vista, y para mí esa es una de las cosas que yo creo que es bueno cambiar. Una discusión en la que nadie va a cambiar su punto de vista es una exhibición, no es una discusión. Y ellos llevan esta capacidad de exhibirse a un extremo muy heroico, como mostrándose extremadamente responsables de la gente. Para mí la frontera entre ellos dos es muy fina en términos de estilo.

Pero, por ejemplo, Iglesias tomó completo su permiso de paternidad y se turnó con Irene Montero para asumirlo.

Es cierto, igual su masculinidad es más contradictoria y tiene sus cosas buenas. Creo recordar que, además, él mismo criticó el famoso cartel de 'Vuelve'. Miquel Missé recuerda que a Pablo le hacen una entrevista al poco de volver del permiso y dice algo como 'he entendido un poco más de qué va el mundo'. No creo que nunca alguien con un permiso de paternidad a este nivel lo hubiera dicho.

Diría que cuál es la diferencia entre Abascal e Iglesias en términos de performance de la masculinidad, más allá de su ideología. Son dos masculinidades muy carismáticas, vigorosas, extremadamente confrontativos

En el libro resalta la importancia de las masculinidades cuidadoras, algo que resaltan también otras veces, ¿por qué cree que introducir esa variable tiene tanto potencial de cambio?

En primer lugar, porque uno de los pilares básicos de la masculinidad en su sentido más clásico es que un hombre no necesita cuidar y no necesita que le cuiden. El modelo es un señor al que parece ser que nadie le ha cuidado en su vida y que un día apareció de la nada y se hizo CEO. El cuidado es un accidente biográfico en las vidas masculinas, una cosa que pasa muy de repente y que además no tiene nada que ver con la esencia masculina, que es la de proveedor y protector. Para mí, revisar las masculinidades desde el cuidado permite empezar a enfrentar uno de los muchos pilares que sostienen la construcción de la masculinidad. La violencia es otro, el poder, otro.

Hemos centrado ese discurso cuidador en la paternidad, pero escuchamos y vemos mucho menos sobre hombres que cuidan a personas dependientes, a enfermos, a sus padres, a sus abuelos... ¿es menos atractiva esa parte del cuidado?

Me gusta definirlo como la gentrificación del cuidado. Nos hemos involucrado más con los 'cuidados fáciles', o sea, el juego, la charla, el paseo. Olvídate de la carga mental y, sobre todo, olvídate de lo que tiene que ver con el cuidado de otro tipo de personas dependientes. Esto tiene que ver con rearticular esta esfera pública androcéntrica en la que el cuidado tiene poquíssima importancia.



Ser padre es la parte más atractiva y que tiene un reconocimiento simbólico muy rápido. Las exigencias para reconocerte como buen padre son mucho más sencillas que como buena madre. Es pronto para ver cuáles son las consecuencias de los permisos por nacimiento iguales, porque ahora mismo ahí sigue la diferencia de género en las excedencias y reducciones de jornada. Hay que hacer políticas públicas muy valientes para tratar de desmontar esta jerarquía del trabajo en las vidas masculinas.

Ser padre es la parte más atractiva del cuidado y la que tiene un reconocimiento simbólico muy rápido. Las exigencias para reconocerte como buen padre son mucho más sencillas que como buena madre

¿Cuáles pueden ser esas políticas públicas?

Soy muy defensor de dos, la renta básica y la reducción de la jornada laboral. Pero una cosa que me parecería interesante es cambiar los criterios de vacaciones, que cuando se vayan a distribuir las vacaciones en una empresa el criterio deje de ser la antigüedad y sean las necesidades de conciliación. Es una discusión, pero desde luego la antigüedad el único mérito que tiene es la antigüedad. Hay que insistir en pluralizar los modos de reconocimiento de los cuidados en las leyes. Por ejemplo, un permiso para poder cuidar a los hijos de mis amigos. Es como esta cosa que dicen los activistas trans de abolir la familia, que suena muy mal y que en cierto sentido tiene que ver con expandirla. Eso deberían de hacer las políticas públicas.

8- La masculinidad no es sólo cosa de hombres

Idees, Gemma Torres Delgado

Accesible en <https://revistaidees.cat/es/la-masculinidad-no-es-solo-cosa-de-hombres/>

La masculinidad es un fenómeno histórico, qué definimos como masculino y qué no es construido socialmente, de forma cambiante, de forma inestable y pluralmente. Como todo acontecimiento histórico, es complejo e implica en toda la sociedad. La masculinidad es en un valor social que no tiene que ver sólo con los hombres. Los que son educados como tales la viven en propia piel, de forma íntima, es evidente, pero no son los únicos que participan ni que definen exclusivamente qué es aquello viril.

La masculinidad contemporánea se empieza a configurar a principios del siglo XIX. Como ha explicado Xavier Andreu [1]1 — Andreu, X. 2016. “Tambores de guerra y lágrimas de emoción. Nación y masculinidad en el primer republicanismo” en Bosch, A; Saz, I. Izquierdas y derechas ante el espejo: culturas políticas en conflicto, 2016, p. 91-118., durante las revoluciones liberales se construye un nuevo modelo de organización política, pero también una nueva sociedad donde, entre otras cosas, se irá consolidando un ideal nuevo de masculinidad. Es el ciudadano que defiende la nación con las armas, lucha por la libertad, es valeroso y está dispuesto a sacrificarse por este ideal, la sumisión es una rasgo feminizado. Así la defensa de la libertad contra el absolutismo equivale a la afirmación de la virilidad. Aunque esta militarización de la masculinidad profundizaba en la división entre los sexos, en este contexto muchas



mujeres participaron también en la lucha revolucionaria. Se adhirieron a la causa y adquirieron así cualidades viriles. Ocurrieron también modelos para los hombres, los exhortaban a luchar.

Vemos, pues, que la masculinidad no se ha construido históricamente en el vacío, sino en una estrecha interacción con otros valores sociales —como la defensa de la libertad ante el absolutismo en este caso— que no pertenecen sólo a los hombres, sino que implican a la sociedad en su conjunto. Así, en este contexto concreto, cuando se equipara la virilidad a la defensa de la libertad, cuando la sumisión a un poder autocrático se convierte en un elemento emasculador, la virilidad apela a hombres y mujeres, a toda la sociedad. Por eso no nos tiene que extrañar que las mujeres participaran de los valores que estructuraban la virilidad y el liberalismo de forma interrelacionada y que finalmente cogieran también las armas.

Durante las revoluciones liberales, pero también en muchos otros contextos, todo el mundo, hombres y mujeres, comparten las emociones que suscitan los héroes y sus grandes causas. Años más tarde, España se había embarcado en una guerra contra el Imperio Marroquí. Se convirtió en un conflicto de afirmación nacional, que se volvió bastante popular, incluso las clases más humildes participaron de esta exaltación patriótica. En este contexto, la figura del soldado heroico que de nuevo defiende la nación y la libertad delante de un supuesto autocratismo de los marroquíes es una figura célebre. El retorno de las tropas del África se celebró en Barcelona con desfiles y recibimientos de carácter eminentemente popular. Supusieron una aclamación de la victoria, pero también una afirmación de los valores masculinos soldados. Las emociones que generaba la patria, la victoria y la masculinidad eran vividas al mismo tiempo y eran compartidas. Las lágrimas de mujeres y hombres que se emocionaban al ver a los soldados reanimados eran las mismas lágrimas. Es más, las mujeres se dolían de no ser hombres y no poder ir a luchar. En la crónica de Ferrer Ferrández, una de las mujeres se lamentaba amargamente, "Ay si fuera general" [2]2 — Ferrer Ferrández, A (1860): A l'Àfrica minyons, Los catalans en África, Minyons ja hi som. Barcelona: Impr. de la Publicitat de Antoni Flotats, p. 49, cuando observaba a los soldados que venían de la guerra. Compartía una misma emoción por los valores nacionales y viriles y por eso mismo se sentía frustrada para no poder participar de forma directa. De la misma manera, el tópico de la mujer viuda que ha perdido a su marido a la guerra y desea sustituirlo, vengarlo e ir ella misma a luchar es muy reproducido a la literatura bélica y se ha descrito en diferentes contextos.

La masculinidad no se ha construido históricamente en el vacío, sino en una estrecha interacción con otros valores sociales que no pertenecen sólo a los hombres, sino a la sociedad en su conjunto

Las imágenes de mujeres viriles con todas las cualidades de la masculinidad como el valor, la autoridad, la majestad, la determinación no son una excepción de este primer periodo liberal o de la Guerra de África. Se han descrito, por ejemplo, como en el marco de conflictos de liberación nacional proliferan las heroínas aguerridas, valerosas que son ejemplo de virilidad, la excepcionalidad de la propia "raza" o nación (dependiendo del periodo) se ejemplariza con mujeres también excepcionales y especialmente heroicas y viriles [3]3 — Aresti, Nerea, 2014. "De heroínas viriles a madres de la patria". Historia y Política, 31, Madrid, gener-juny, p. 281-308.. Así el ejercicio de la virilidad no depende tanto del cuerpo sexuado de los hombres, sino de otros vectores sociales que la implican, como la "raza" o la pertenencia nacional. El ejercicio de la virilidad no es responsabilidad exclusiva de los hombres.



A principios del siglo XX, se escribían novelas cortas por entregas, se compraban en los quioscos y eran muy populares. Las de temas bélicos eran especialmente apreciadas. En estas novelas se describía y por lo tanto se afirmaba y se definía de nuevo la masculinidad. El hombre que tenía que evitar la debilidad, ser héroe, determinado, valiendo, sacrificado. Las mujeres no quedaban excluidas de este proceso. La mujer abnegada que amaba, acompañaba y admiraba a este hombre era a menudo el personaje principal de estas novelas. Ahora bien, esta mujer no amaba a cualquier hombre, sólo el hombre que cumplía adecuadamente con la masculinidad. Lo amaba, no por sus cualidades singulares, sino en la medida que sobresalía en la *performance* de una virilidad conseguida. ¿Por qué sino las mujeres, en ficciones literarias y filmicas, no se enamoran nunca del amigo del héroe (el Sancho Panza del Quijote, contra-modo que resalta la masculinidad exitosa del protagonista), a menudo más interesante y accesible que él? Se enamoran de la "masculinidad", no del "hombre". En esta literatura popular, la mirada femenina, este amor y reconocimiento que ofrecen las mujeres a esta virilidad normativa ayuda a su afirmación y reproducción. Más recientemente Halberstam ha explicado también a su libro *Masculinidad femenina*^{[4]4} — J. Halberstam. *Masculinidad femenina*. Madrid: Egales, 2008., diferentes formas como las mujeres han encarnado la masculinidad en los siglos XIX y XX, desde las mujeres que vivían como a hombres o aquellas en las que, a principios del siglo XX, se llamaba "invertidas", que vivían con sus esposas.

Así pues, tenemos numerosos ejemplos de cómo las mujeres han personificado los valores viriles, han aspirado, se han emocionado contemplándolos y han amado aquellos que los encarnaban. A lo largo de la historia las mujeres han vivido la masculinidad en propia piel y la han construido activamente. Puede ser provechoso, por lo tanto, desvincular la masculinidad del cuerpo de los hombres y entenderla como un valor social que todos y todas compartimos.

Valores masculinos más allá de la diferencia entre los sexos

Ahora bien, cuando decimos que la masculinidad es un valor social compartido no nos referimos sólo a que las mujeres aparezcan a veces como masculinas y participen de valores viriles, sino que la masculinidad se relaciona con otros fenómenos sociales e identitarios que aparentemente no tienen nada que ver con el género, valores como la nación o el estado se significan a través de imágenes y valores propios de la hombría.

Por ejemplo, en el periodo álgido del imperialismo o durante las guerras mundiales se hablaba de naciones fuertes y débiles, de naciones que tenían que ser independientes, determinadas, valerosas, triunfantes. ¿No es eso una retórica que habla de la nación a través de los valores de la masculinidad? A través de imágenes de hombres y de los valores viriles se hace visible un fenómeno abstracto, del que no tenemos una experiencia directa y concreta, como es la nación. Se tiene que encarnar a fin de que resulte familiar a las personas y se puedan identificar. A menudo las naciones se han representado a través de imágenes femeninas, son conocidas las imágenes de mujeres que presentan la República o la nación, pero también es habitual pensar las naciones en términos masculinos. Sin embargo esta connotación de género pasa desapercibida a veces, porque históricamente se ha construido aquello masculino como aquello universal y no marcado en términos de género.



Ahora bien, si lo analizamos con detalle y desde la perspectiva de género, podemos concluir que, históricamente, a menudo se ha imaginado y se ha hablado de las naciones en términos masculinos. La nación adquiere atributos personales y concretamente viriles, cuando tiene que ser fuerte, determinada, independiente y autosuficiente, tener valor y resistir. De manera similar, esta retórica sutilmente viril se reproduce en otros contextos sociales. A menudo, por ejemplo, la comunicación política se sustenta también en valores que, a pesar de presentarse como neutros, son banalmente masculinos. Una masculinidad soldadesca edulcorada, que ha depurado sus elementos más agresivos, resuena cuando el debate político es una batalla, cuando imponer las propias opiniones se hace imprescindible para demostrar autoridad, cuando el reconocimiento de las dudas, de la interdependencia, de la vulnerabilidad y de las razones del otro se hace imposible porque se equipara a la debilidad o cuando la acumulación de poder es un mérito.

La masculinidad hegemónica ayuda a mantener relaciones de poder, sobre todo relativas a la opresión de las mujeres, pero también otras formas de jerarquización social. Desvincular la masculinidad del cuerpo de los hombres nos permite un análisis complejo de cómo el género estructura nuestra sociedad

De esta manera, cuando llega la pandemia, lo afrontamos de forma espontánea y banal también a través de valores propios de la hombría. En primer lugar, en los discursos públicos —y no sólo los políticos— la pandemia se plantea como una guerra contra el virus, que era el enemigo a vencer. Buena parte de la retórica ha sido articulada en torno a la «unión» ante la «desunión» y el «nosotros» contra el enemigo, uno nosotros que tenía que resistir. La comunicación de pandemia transmitía unos valores concretos: unión, determinación, valor, disciplina, fortaleza, resistencia, no desfallecimiento. Aparte de este discurso más explícitamente militar, que ciertamente fue criticado, otros valores, quizás más sutilmente viriles, sirvieron para dar sentido a la situación de crisis sanitaria. Se empieza a apelar a virtudes como la capacidad científica, la inteligencia, la eficacia y la buena organización, la razón, la capacidad intelectual o la serenidad y la sangre fría ante la adversidad. Valores, que aunque nos parecen «generales», «universales», se relacionan también con la configuración de la masculinidad.

Ya desde el siglo XIX otro modelo masculino se abría paso junto con el militar: el *gentleman*, el hombre científico moderno, eficaz, el hombre civilizado por excelencia. Inteligente y racional, era capaz de dominar la ciencia moderna. En buena medida definido en contraposición a los “bárbaros” y “retrasados” hombres colonizados, indios o africanos, incapaces de pensamiento científico, de capacidad de trabajo y organización racional. Ciertamente la ciencia ha sido fundamental para superar la pandemia, es una evidencia, pero más allá de la eficacia práctica, los valores ligados a esta masculinidad racional y contenida también nos han servido para gestionar y significar la situación de crisis que hemos vivido. De nuevo estos valores, que todos y todas hemos compartido, no son neutros en cuanto a género, sino específicamente masculinos.

Así pues más allá de considerar a las mujeres que han ejercido, admirado, amado o participado de la masculinidad como una curiosidad o una anécdota, podemos asumir que la masculinidad ha sido un valor social que ha impregnado y ha estructurado históricamente nuestra sociedad. No es extraño porque la virilidad se construye en la contemporaneidad en relación con otros vectores sociales de los cuales es casi indiscernible, como la nación, el imperio, el estado, la división de clase. En este sentido, Tosh define dos



maneras de interpretar el concepto de masculinidad hegemónica: la minimalista, que trataría de analizar la identidad masculina y como los hombres se adhieren o no a las normas de género, y la maximalista, que se refiere al análisis de la construcción de la masculinidad no sólo en oposición a la feminidad, y en relación con la identidad, sino en estrecha imbricación con la jerarquía de clase, la nación y otras formas de poder social.

Desde esta perspectiva más amplia se analiza cómo la masculinidad hegemónica ayuda a mantener relaciones de poder, sobre todo, relativas a la opresión de las mujeres, pero también de otras formas de jerarquización social. Por ejemplo, como determinados modelos de masculinidad contribuyen al mantenimiento de determinadas relaciones de clase o determinadas jerarquías nacionales [5]5 — Tosh, J. 2004. «Hegemonic Masculinity and the History of Gender». A: Tosh, J.; Dudink, S.; Hagemann, K. (ed.). *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History*. Manchester; New York: Manchester University Press; Palgrave Macmillan.. Así, el estudio de la masculinidad ayuda a entender a los modelos de género, pero también la construcción de la ciudadanía, el surgimiento del estado del bienestar o la nación [6]6 — Horne, J., 2005. «Introduction». A: Tosh, J. *Manliness and Masculinities in Nineteenth-century Britain: Essays on Gender, Family, and Empire*. New York: Pearson Education.. De esta manera, desvincular la masculinidad del cuerpo de los hombres nos permite un análisis complejo de cómo el género estructura nuestra sociedad en aspectos que aparentemente no tienen que ver con la diferencia entre los sexos.

¿Nos podemos imaginar una retórica que hable de naciones interdependientes y que necesitan de las otras, de líderes débiles que no lo podan todo solos, que necesitan ayuda y colaboración? O, por ejemplo, volviendo a la pandemia, el reconocimiento del sufrimiento por el dolor físico y la enfermedad, la ansiedad, el miedo, el luto por la muerte de familiares o amigos tuvo relativamente poco lugar en el discurso público sobre todo al inicio de la pandemia, siendo la experiencia fundamental de muchas personas en aquel contexto y hoy todavía. La validación pública y compartida de este dolor hubiera sido balsámica para los que se vieron más directamente afectados. Ahora bien, esta vulnerabilidad no está en el repertorio de los valores masculinos que estructuran nuestra sociedad. Tampoco el cuidado tiene un lugar preeminente, a pesar de que ha sido un elemento fundamental de la gestión de la pandemia. La necesidad de ser protegidos, cuidados y cuidadas y la clara dependencia que tenemos de los otros tampoco forma parte del catálogo de la hombría tradicional, lo cual no deja de tener consecuencias muy prácticas: el poco valor social que tiene el cuidado se traduce en remuneraciones bajas para quien se dedica a pesar de ser una necesidad social básica.

En su definición del concepto de masculinidad hegemónica, Connell definió el género como un sistema, como una red de relaciones de poder, no sólo como una identidad adherida a los individuos. Así, tenemos que entender la masculinidad no como una forma de identidad para las personas que viven como hombres, sino como una red que organiza nuestra sociedad, que privilegia algunos valores sobre los otros independientemente de quien los ejerza y que estructura nuestra sociedad banalmente, de forma implícita. Ciertamente en este análisis de la masculinidad como valor social compartido no podemos olvidar qué supone en términos de relaciones de poder. En este sentido, a esta perspectiva nos puedes ayudar a comprender por qué la masculinidad tradicional es tanto robusta y se afirma con tanta eficiencia: es banalmente reproducida cuando hablamos de hombres y mujeres, pero también cuando hablamos de naciones, de política, de pandemias.



Cuestionar la masculinidad ha sido una tarea muy difícil porque implicaba no sólo cuestionar la identidad de los hombres, sino todos aquellos significados que estaban adheridos: la nación, el estado el imperio, la diferencia de clase

Cuestionar la masculinidad ha sido una tarea muy difícil porque implicaba no sólo cuestionar la identidad de los hombres, sino todos aquellos significados que estaban adheridos: la nación, el estado el imperio, la diferencia de clase. Eso hace duradera una forma de masculinidad que es opresiva sobre todo para las mujeres. Sólo un cambio significativo en los valores masculinos banales en el que todos y todas vivimos puede conducirnos a una transformación social profunda. En este proceso los "hombres" son protagonistas, evidentemente, pero todos y todas tenemos que participar. Más todavía cuando la masculinidad está implícitamente por todas partes, a pesar de pase inadvertida. Así, la reflexión sobre la masculinidad puede ser eficaz si es compartida, organizada de forma colectiva, un movimiento social y no sólo un proceso vinculado al crecimiento personal de los hombres en concreto. Pensar sobre la masculinidad implica una reflexión sobre las relaciones de poder entre hombres y mujeres y también sobre otras formas de jerarquización social. Para este examen a la masculinidad, que no es sólo cosa de hombres, las herramientas del feminismo son fundamentales.

